

Estilos de investigación sobre la clase obrera

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

En este ensayo trataremos de analizar los principales supuestos detrás de los estilos más comunes de investigar a la clase obrera en México: el estilo cronológico, el cuantitativo y el antropológico. Mostraremos cómo en cada uno de ellos subyacen concepciones diferentes acerca de la clase obrera y del conocimiento; aunque muchas veces estas concepciones no formen parte del conocimiento explícito de los investigadores, que han aprendido a investigar reproduciendo, en “estado práctico”, metodologías y teorías que no llegan a conocer ni mucho menos a dominar. La enseñanza como reproducción implícita de concepciones del mundo y del conocimiento se traduce, en este caso, en la aceptación de formas de investigar a la clase obrera sin conciencia de los supuestos que se arrastran con los diversos estilos de investigación.

Por estilo de investigación no estamos entendiendo exclusivamente ni metodología ni técnica ni teoría por separado, sino una articulación entre método, técnica privilegiada, supuestos teóricos y supuestos de realidad sobre la clase obrera que forman un procedimiento concreto de acercamiento a esa realidad. Un ejemplo claro de los diversos estilos que nos interesan es el que hemos llamado cronológico: consiste en hacer la cronología del movimiento obrero, principalmente a partir de la hemerografía; su objeto principal es el de mostrar la dominación y el poder del Estado dentro de las organizaciones sindicales y su tema las luchas de los obreros por la independencia. Detrás de este estilo, como veremos, hay supuestos acerca de la relación entre Estado y sindicatos (teóricos, metodológicos, técnicos y de concepción sobre la clase obrera) que justifican su pertinencia. Así como el estilo cronológico, estudiaremos el cuantitavista y el antropológico.

I. ESTILOS, CONCEPCIÓN DE LA CLASE OBRERA Y EPISTEMOLOGÍA

A diferencia de lo sucedido en otras latitudes, la investigación sobre la clase obrera en México —particularmente después de 1968— ha sido profundamente influida por el marxismo. Los autores no marxistas no han dejado de reconocer en sus problemáticas esta hegemonía, aunque posi-

blemente esta situación haya tendido a cambiar a partir de la crisis de los ochenta.

Desde las preocupaciones marxistas, dos sectores de la realidad aparecen frecuentemente separados: el de los obreros comunes interesados por sus reivindicaciones inmediatas, y el de los militantes políticos e intelectuales dotados de una ideología coherente. Para estos últimos, el problema fundamental consiste en lograr que la clase obrera asuma sus "tareas históricas". Esta dualidad presupone una separación entre lo económico y lo político, entre lo inmediato y lo histórico. A esta dualidad el marxismo le ha dado históricamente dos soluciones: la conciencia que viene desde afuera y la teoría del derrumbe. En la primera solución, la epistemología que la fundamenta presupone la existencia de una teoría con capacidad de predecir, depositada en un cuerpo especial de intelectuales; una teoría capaz de decir si el proletariado está impelido por su verdadero ser o por lo contingente.

De esta manera, el apoyo del proletariado al reformismo o al estalinismo es interpretado como falsa conciencia y errores de las direcciones. Así, la historia de la humanidad, más que ser la de la lucha de clases, es la historia de las direcciones acertadas o erróneas.¹

Las diversas maneras de concebir las relaciones y determinaciones entre la clase obrera, el movimiento, las direcciones y la conciencia, conducen las grandes orientaciones metodológicas del análisis de la clase obrera —en particular, del movimiento obrero.

En primer término, la corriente historiográfica, que ve al movimiento obrero como secuencia de acontecimientos colectivos, pone el acento en las decisiones e ideologías de los grandes maquinistas de la locomotora de la historia. Es la corriente episódica del acontecimiento o donde las huelgas y las represiones sustituyen a las batallas y los líderes a los generales.

En segundo término tenemos a la corriente sociodemográfica, confluencia de la demografía y de la sociología funcionalista del trabajo. Para esta corriente, la clase obrera es un objeto estructural, definible por su situación, que se caracteriza por un conjunto de variables estructurales, las cuales supuestamente podrían determinar formas diferenciadas de acción. El marxismo tampoco es ajeno a esta perspectiva; algunas de sus tradiciones coinciden con los supuestos del objetivismo, el estructuralismo y el positivismo.²

Finalmente, tenemos la corriente obrerista de análisis de la clase obrera a partir de sus condiciones de existencia en el trabajo. Esta corriente, al tratar de alejarse del subjetivismo de la historiografía del movimiento obrero, así como del estructuralismo de la segunda corriente, trató de

¹ Véase una explicación más amplia en Enrique de la Garza, *et al.*, "El protagonista social de la Revolución", en *Cuadernos Políticos*, núm. 41.

² Véase una explicación más amplia de las tres corrientes en Enrique de la Garza, "Los estudios sobre la clase obrera en México", en *Nueva Antropología*, núm. 29.

recuperar, con la obra de Raniero Panzieri, la idea marxista de la historia como articulación entre objetividad y subjetividad; de acuerdo con esta concepción, la clase obrera no sería un simple objeto estructural, ni su acción dependería tan sólo de la estructura y de los "dadores" de conciencia de clase, sino que sería siempre un sujeto-objeto. "Los educadores deben ser educados" significaría que las ideologías no pueden ser despojadas de su carácter histórico, e incluso la ciencia sería una interpretación cultural, lo cual le confiere sólo una capacidad relativa de correspondencia con un objeto que en parte está dado, pero en otro sentido también es voluntad.³

En México tienen presencia estas tres corrientes, pero la corriente historiográfica es sin duda la más antigua, la más numerosa en términos de producción y la más consolidada y legitimada. Su problema central es el de la relación entre Estado y sindicatos. Este problema tiene sin duda una base objetiva: la presencia del corporativismo estatal. La relación entre dirección sindical y base obrera, la democracia sindical, la independencia sindical y la relación entre dirigencia sindical y Estado serían subproblemas derivados del anterior. Esta perspectiva se volvió masiva sobre todo a partir de 1968, en especial con la insurgencia sindical de principios de los setenta.

Un supuesto explícito originalmente en la corriente historiográfica y que ahora se reproduce simplemente como estilo de investigación se refiere al papel histórico del proletariado, papel mediado por la adquisición de una conciencia de clase ante la cual los "charros"⁴ y el Estado aparecen como obstáculos para el tránsito de la clase en sí a la clase para sí, tránsito que se daría en función de los partidos, dirigentes e intelectuales comprometidos. Es decir, detrás de la historiografía mexicana del movimiento obrero hay una concepción particular de la historia donde la clase obrera es un objeto estructural (explotado, sometido a salarios bajos o muy comúnmente decrecientes, y al desempleo) cuya subjetividad es llenada por aparatos y dirigentes en forma coincidente o no con su verdadero ser. En esta medida, la reconstrucción histórica es el encadenamiento de acontecimientos colectivos de la clase obrera (huelgas, manifestaciones, etcétera) que se dan en función de una situación estructural de explotación (sólo diferenciable cuantitativamente como nivel de explotación; por ejemplo, evolución del salario real), pero sobre todo de la capacidad de las direcciones para señalar "qué hacer". Así se justifica que la técnica privilegiada para esta perspectiva sea la hemerográfica; no interesan los problemas de la visión del mundo del obrero común, porque se trata de sustituirla por una ideología coherente de la contradicción del capital con el trabajo. Aún más, los movimientos concretos se conciben, aun en

³ Véanse las tesis de R. Panzieri expuestas en extenso en el texto de próxima publicación: Enrique de la Garza y Horacio Vázquez, *Clase obrera, sindicatos, partido (el obrerismo italiano)*, UAM, 1988.

⁴ Líderes sindicales oficiales.

sus derrotas, como pasos hacia la adquisición de la conciencia de clase. Toda la demagogia acerca de las huelgas derrotadas en sus demandas materiales, pero victoriosas por haber desenmarcado el carácter de clase del Estado, se encuentra dentro de esta perspectiva. La crisis actual de esta corriente no se deriva exclusivamente del interés cada vez mayor por problemas y formas de análisis alternativos, con énfasis en el tiempo presente, sino de la duda interna de la propia perspectiva acerca de sus supuestos fundamentales: misión histórica del proletariado (como un problema más de metafísica que de ciencia); dudas acerca de la capacidad de esa ciencia marxista de señalar el "qué hacer" (vinculado con la dispersión del marxismo en México en múltiples posiciones donde ninguna puede reclamar una legitimidad basada en la resonancia de sus planteamientos); dudas acerca de que en la clase obrera sólo interese la estructura y las ideologías de las direcciones (las ideologías coherentes sin duda alguna son "resemantizadas" por la clase obrera común de acuerdo con una visión del mundo que le viene dada de antemano; y aunque ésta cambie, su transformación nunca dependerá exclusivamente de las ideologías coherentes); y sospecha de las grandes limitaciones que tiene la información periodística como fuente de datos, así como el "descubrimiento" de que existen los archivos, las encuestas y las entrevistas como fuentes más seguras.

La corriente sociodemográfica se ha encargado en México de medir las características de las poblaciones trabajadoras a partir de encuestas. Su valor descriptivo es innegable. Conocer, por ejemplo, las distribuciones por edad, ingresos, estado civil, ubicación en ramas económicas, etcétera, de los trabajadores no puede ser despreciado. Pero cuando esta corriente ha tratado de vincular situación (como le llama Alain Touraine) con acción o formas de conciencia ha mostrado inevitablemente sus limitaciones. Éstas provienen también de su particular concepción de la clase obrera: un objeto estructural que reacciona determinado linealmente por cierta situación estructural. De esta manera, los trabajadores calificados, jóvenes, solteros, de más altos salarios y sin tradición obrera tendrían un comportamiento diferenciado en lo sindical, político e ideológico de los viejos, casados, sin calificación, de tradición obrera, etcétera. Antigua propuesta en parte del positivismo y del estructuralismo: son las estructuras las que se mueven —independientemente de cómo se conciban éstas; los hombres son suma de *status*-roles, dirá el funcionalismo, que les asignan posiciones y comportamientos. Si hay cambios, se dan por tensiones en las estructuras, por discrepancias funcionales, por desfases de subestructuras, etcétera. Los hombres están involucrados, pero muy a su pesar se vuelven instrumentos de estas estructuras-manos invisibles. Tendríamos que aclarar que una parte importante de la investigación marxista en México, a partir de los procesos de trabajo, coincidiría con esta concepción sobre la clase obrera.

Finalmente, la corriente marxista de los procesos de trabajo apareció

tardíamente en México y creó grandes expectativas en cuanto a recuperar antiguas nociones del método de Marx que en las otras dos corrientes no era posible encontrar. Por un lado, el privilegio de las relaciones de producción sobre la circulación en el estudio de la clase obrera. Las relaciones de producción vistas como una totalidad, no sólo de explotación sino también de poder. El punto de partida es el obrero común y no las direcciones, como en la primera corriente.

Sin embargo, la primera etapa de esta corriente que no se propuso simplemente describir procesos de trabajo y calificaciones diversas, sino explicar la acción obrera, cayó en un profundo reduccionismo tecnológico y un deductivismo ante la falta de reflexión sobre la epistemología y la metodología marxistas en confrontación con las del positivismo. A lo anterior se añadió su falta de rigor en el uso de indicadores, su incapacidad para conseguir la famosa reconstrucción de la totalidad (que se concreta a describir los cambios en composiciones técnicas de la clase obrera y deduce teóricamente sus comportamientos); y sobre todo, su incapacidad para definir con claridad su problemática central. Esta situación de virtual reduccionismo pareció empezar a remontarse a partir del "Primer coloquio sobre crisis, procesos de trabajo y clase obrera", realizado en Jalapa, Ver. en octubre de 1986, donde se presentó un conjunto de ponencias que nos vuelven optimistas en cuanto al futuro de la perspectiva.⁵

Sin embargo, iniciada esta vertiente con Panzieri en Italia (aunque reconoce antecedentes importantes en Marx y Gramsci), a la fecha no es posible asegurar que su proyecto metodológico haya cristalizado —una excepción sería el avance obtenido durante el ascenso obrerista en Italia en 1969 con respecto al uso de la encuesta obrera para abordar problemas de salud en el trabajo.⁶ Un problema no suficientemente aclarado es el de la reconstrucción de la totalidad desde el punto de vista metodológico; otro, el de la traducción metodológica de la concepción de la clase obrera como algo dado y dándose; y otro, las consecuencias de la coinvestigación en la acción, que la distinga de la concepción iluminista de la ciencia y del conocimiento como puro reflejo.⁷

La hora del obrerismo en el terreno político también hace tiempo que pasó en Europa. Reconversiones, recomposiciones y derrotas de la clase obrera, así como incapacidad de articular fábrica y sociedad sin reduccionismos marcaron su ocaso. Sin embargo, en la hora de la crisis y la reestructuración internacionales de los ochenta, que pasa sin duda alguna por México,⁸ algunos de los problemas apuntados, esbozados por los obre-

⁵ Como muestras véanse las ponencias de Arnulfo Artega Mertenzen, Germán Sánchez Daza y de Leonard Martínez publicadas como artículos en los números 3 y 4 de la revista *Brecha* y en la revista *Azcapotzalco Economía*, respectivamente.

⁶ Véase el desarrollo de esta propuesta y su confrontación con otras en el excelente trabajo de tesis de Asa Cristina Laurell.

⁷ Sobre la coinvestigación, véase Enrique de la Garza y Horacio Vázquez, *op. cit.*

⁸ Un análisis sobre la crisis y la reconversión en México puede verse en En-

ristas italianos y franceses, cobran actualidad: la reestructuración actual aparece no sólo como un instrumento de mayor explotación, sino también como la vía para vencer antiguas capacidades de resistencia recomponiendo a la clase obrera; el concepto de composición de clase (como síntesis de lo técnico, lo social y lo político) apunta a las preocupaciones actuales sobre el concepto de sujetos obreros, sus estructuraciones y desestructuraciones; la bancarrota de la metafísica de las clases y de los partidos iluministas apuntan también a la recuperación de la hermenéutica obrerista, como salida y alternativa a la crisis y al postmodernismo; y la crisis de la epistemología dominante, que es a la vez la crisis de una forma de hacer ciencia, habla de la posibilidad de la recuperación de un concepto no positivista del conocimiento, relacionado con una idea de cambio ni natural ni unidireccional ni necesario, pero posible a través de las prácticas heterogéneas de los sujetos.

Las opciones acerca de cómo analizar a la clase obrera no sólo tienen relación con la concepción objetivista o subjetivista que se tenga sobre esta clase y el cambio social, sino también con la postura sobre el proceso de conocimiento científico. Éste es el campo de la epistemología y de la metodología. El vínculo de estos dos dominios con las teorías, por ejemplo, sobre el movimiento obrero, no es directo desde el momento en que el positivismo —corriente dominante hasta mediados de este siglo— ya no se presentó —como en sus orígenes— como teoría social junto a metodología, sino como reflexión acerca del quehacer de las ciencias naturales, que se inició a finales del siglo anterior, identificando nuevos problemas y aventurando soluciones cada vez más finas sobre los mismos. Por otro lado, tenemos la conversión, desde finales del siglo XIX, de la ciencia natural en tecnología. Esta novedad impuso a la ciencia natural criterios estrictos de científicidad en cuanto a su transformación estricta en una ciencia del experimento y capaz de cuantificar. Así, el positivismo va acunando su modelo de ciencia que puede resumirse en el método hipotético-deductivo. Método de justificación de las teorías y no de creación de las mismas. El ideal es establecer un solo método para la ciencia, reducido a una lógica de la investigación científica; la cual, apoyándose lógicamente en la inducción, transcurra como un proceso deductivo desde la teoría hasta los datos. Este ideal de lógica de la investigación científica tenía sin duda supuestos no universalmente compartidos: el supuesto de independencia del objeto y del sujeto; el supuesto de tarea científica como correspondencia; y el supuesto de posibilidad de neutralidad del método y del dato.

Pero el ideal positivista hacía agua por todos lados: ni fue posible obligar a las teorías a ser estrictamente sistemas deductivos de hipótesis, ni el lenguaje técnico pudo ser estrictamente traducido (deductivamen-

te) a un lenguaje empírico, ni tampoco se pudo sostener que el dato y la observación fueran algo simplemente dado. En torno a todo el método dominante giraba no sólo una lógica ahistórica, sino múltiples decisiones del investigador impregnadas de cultura históricamente determinada.

Primero, las críticas de Popper debilitaron el criterio de verificación positivista como criterio de verdad; luego, Kuhn y Feyerabend se encargaron de llevar la lógica de la investigación científica a un terreno histórico y contribuyeron a cuestionar el criterio positivista de demarcación; finalmente, el renacimiento de las corrientes hermenéuticas en torno a las teorías del discurso cuestionaron la neutralidad de todo lenguaje científico. En síntesis, el fracaso del positivismo y de las teorías sociales que se inspiraron en él y que fueron eficientes durante muchos decenios (keynesianismo, funcionalismo y conductismo) fue su incapacidad para transformar todo proceso de investigación en un sistema rígido de reglas y en un proceso puramente lógico y neutral, a raíz de la crisis y reestructuración actuales.⁹

El marxismo ingenuamente ha creído escapar a las influencias de las hegemonías positivistas. Primero, inmersos en una dialéctica rudimentaria que el soviétismo contrapuso a las "metodologías burguesas" como método marxista, el estalinismo y sus homólogos mexicanos (la lógica dialéctica de Eli de Gortari) mostraban su atraso e incomprensión acerca de lo que en el siglo xx se entiende por método. La insistencia sobre la dialéctica como método apuntaba más al siglo xviii, a las ideas de método indiferenciado, de concepción del mundo, en lugar de procedimiento ordenado de investigación concreta. La otra vertiente marxista, la del método de la economía política, reiniciada después del estalinismo, que podía haber apuntado hacia una alternativa consistente y actualizada, quedó interrumpida a mediados de los setenta, después de las críticas de Colletti y de la crisis de los últimos partidos comunistas fuertes en Europa.¹⁰

En cuanto a la investigación sobre la clase obrera, el panorama metodológico no es menos desolador. Por un lado, encontramos investigación que trató de hacer consecuente su concepción de la clase obrera con su forma de investigarla: Panzieri, Negri, Thompson son ejemplos brillantes de esto. Por el otro, una incapacidad de los estudiosos sobre la clase obrera —particularmente grave en México— para pensar en términos abstractos, para articular coherente y explícitamente supuestos de realidad con métodos y técnicas, cuando menos.

El resultado salta a la vista: cualquier cronología pasa en México por

⁹ Véase una explicación más amplia sobre la crisis de positivismo en Enrique de la Garza, et al., *Hacia una metodología de la reconstrucción*, UNAM-Porrúa, 1988.

¹⁰ Esta reflexión se continúa, sin embargo, en un nivel superior y ubicada en el contexto de crisis de los grandes paradigmas de la modernidad en América Latina a través de la obra de H. Zemelman; véase, de este autor, *Uso crítico de la teoría*, El Colegio de México, 1988, y *Conocimiento y sujetos sociales*, El Colegio de México, 1988.

investigación marxista, a condición de hacer acto de fe proletaria. Pero estas investigaciones poco han servido a esa clase obrera; su maniqueísmo y su afán de demostrar las permanentes traiciones de las direcciones (sean de izquierda o de derecha) han dejado fuera de su óptica enormes espacios de la existencia de los trabajadores.

Las corrientes historiográficas, sociodemográficas y de los procesos de trabajo se concretan en México en tres estilos que las cruzan: el cronológico, el cuantificacionista y el antropológico. Discutiremos a continuación cada uno de ellos.

II. EL ESTILO CRONOLÓGICO EN LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO EN MÉXICO ¹¹

Los estudios sobre el movimiento obrero en México son abundantes, sobre todo después de 1968. Pero la mayoría de ellos han sido elaborados dentro de un estilo particular que llamaremos "estilo cronológico", consistente en hacer el relato de los acontecimientos —en orden cronológico— a partir de información periodística y rescatando casi exclusivamente los datos que los periódicos suelen proporcionar: fechas de acontecimientos colectivos (por ejemplo, huelgas, marchas, represiones); discursos de los dirigentes o funcionarios públicos; y manifiestos de los partidos, sindicatos, etcétera.¹² Este estilo se caracteriza también por tener como problema central el de la relación entre el Estado y los sindicatos. Además, como buena parte de los investigadores de esta corriente simpatizan con el sindicalismo independiente, el problema de las relaciones entre sindicatos y Estado tiende a convertirse en la historia de los sindicatos hacia su independencia.

Este tipo de historiografía ha sido fuertemente influido por el marxismo, en una interpretación implícita o explícita de corte luckacsiano, en el sentido de analizar a la clase obrera en su movimiento en tanto tránsito de la clase en sí a la clase para sí. De esta manera, la historia del movimiento obrero es la crónica de cómo dicha clase tiende a convertirse en clase para sí, con una conciencia de clase. Además, un modelo de partido que estuvo presente a principios de los setenta (aunque ahora sea poco reivindicado) permanece implícito en esta forma de hacer historia, aun en autores insospechadamente leninistas. Según este modelo, la clase obrera sería incapaz por ella sola de adquirir una conciencia de clase; para ello, necesitaría de la intervención de los intelectuales partidarios, los cuales, conocedores de la ciencia del marxismo se convierten en los verdade-

¹¹ Este apartado fue presentado como ponencia en el II Simposium de Historia Contemporánea de México realizado en la ciudad de Querétaro, en febrero de 1988.

¹² Enrique de la Garza, *et al.*, "Los estudios sobre la clase obrera en México", *op. cit.*

ros depositarios de la conciencia de clase, con la tarea de llevarla desde afuera a aquellos que, dotados de una misión histórica, son incapaces de asumirla por sí solos.

De acuerdo a esta concepción, el proletariado, supuesto actor principal de la historia, es movido por la situación estructural de explotación y por las direcciones acertadas o erróneas, verdaderos sujetos del cambio subjetivo.

Detrás de estos supuestos hay de hecho una teoría de la historia sumamente simplificada, en donde el movimiento obrero es resultado de las condiciones estructurales más las subjetivas externas (la acción de dirigentes). Se trata de una teoría que no incorpora las formas en que los conflictos en la estructura pasan por el filtro de una visión del mundo de las masas, que tiene a su vez otras determinantes, además de las ideologías iluministas. Es el resultado, también, de una concepción teleológica de la historia donde el proletariado tendrá finalmente que asumir su misión histórica; de una idea del partido como depositario de la conciencia de clase y encargado de llevarla desde afuera a los trabajadores; y de una idea de socialismo como socialismo de Estado, donde el Estado suplanta al partido en su misión iluminista, después de la toma del poder.

El estilo cronológico en México obedeció, en general, a estos supuestos, los cuales, aunque ahora no se reconozcan como tales, siguen reproduciéndose autónomamente como forma de hacer historia, aprendida de otros que lo han hecho así, como simple reproducción escolar, sin presuponer una discusión teórica y epistemológica previa.

Los supuestos mencionados han repercutido en este estilo metodológica y técnicamente. En el primer sentido, al concebir la reconstrucción histórica como la vinculación entre condiciones materiales (específicamente, niveles de ingreso y empleo) con la acción de dirigentes y partidos, lo que explicaría las insurgencias sindicales, contra las que se opondrían los enemigos: "charros", Estado (instituciones gubernamentales y funcionarios públicos) y patrones. Asimismo, pueden aparecer aliados tales como organizaciones o personalidades independientes. De esta manera, como dirá Arnaldo Córdova, los verdaderos actores son las organizaciones, y específicamente las direcciones. La clase obrera se convierte en un simple objeto estructural manipulado, dirigido o reprimido por líderes "charros" o independientes.

Lo anterior ha tenido también profundas consecuencias en el plano técnico. La fuente privilegiada de información son los periódicos, de los cuales se captan los eventos colectivos y el discurso político de los "verdaderos actores" (dirigentes, funcionarios, empresarios). Esto ha dado origen en México a un espécimen particular: la figura del "recortador de periódico": testigo impotente de las virtudes o miserias de los periódicos.

Los supuestos mencionados se ven agravados, desde el punto de vista epistemológico, por un empirismo ranuplón que no cuestiona el dato periodístico, salvo en sus aspectos más superficiales, y que cree que la reali-

dad es aprehendida de inmediato a través de lo observable (aunque aquí lo observable sea captado a través de otros: los periodistas, y de su particular visión del mundo), sin darse cuenta de que el dato periodístico es también un dato de discurso, que con ello arrastra valores, intereses de periódicos y periodistas; y que, por tanto, no es simplemente lo objetivo-observable-absoluto que los historiógrafos crónicos quisieran.

Pero difícilmente se puede encontrar a alguien que, con profundidad, crea todavía que lo observable es lo dado inmediatamente, como pensó al inicio el círculo de Viena. Esta creencia y su problematización fue una de las causas lógicas de la crisis del positivismo moderno desde finales de los cincuenta. Al menos desde Berkeley, la percepción es ya reflexión y el mundo externo y el de la percepción no tienen por qué ser idénticos. Tampoco para Piaget hay sensación pura y, a su vez, el "historicismo" advirtió de cómo el dato es sólo una pista que necesariamente tiene que ser interpretada; junto al psicoanálisis que considera que los datos de la conciencia y de la conducta no deben tomarse "en sí", sino deben ser reinterpretados.

Desde una perspectiva marxista no positivizante —la que aparece en el Marx de las *Tesis sobre Feuerbach*— lo empírico debe ser considerado como un nivel de la relación sujeto-objeto que impone, por tanto, al dato una doble determinación (con sus respectivas mediaciones): primero, la que proviene del sujeto que lo acuña con todos sus valores y conceptos teóricos, y segundo, la que se deriva de la realidad externa al sujeto. Así, en el dato periodístico, éste no es nunca un simple reporte empírico de la realidad. El periodista y el periódico seleccionan qué es importante de acuerdo a valores e intereses, más allá de la existencia o no de la censura. Las crónicas periodísticas están salpicadas de juicios y apreciaciones interpretativas del periodista (*v.gr.* el ánimo de la gente en una manifestación), de interpretaciones explícitas o implícitas acerca del origen, significado, etcétera, del evento (por qué se originó una huelga, por ejemplo). Es decir, el periodista no puede ser perceptor neutral de empirias, sino siempre un constructor e intérprete.

En esta medida, el dato periodístico evidentemente vale, pero no vale en sí. Es útil en tanto seamos capaces de pasarlo por el filtro y la complementariedad de las determinantes que lo hicieron posible. Sirve siempre y cuando no se le desvincule de las condiciones históricas de su producción y no se le considere exclusivamente como dato de verdad. Así, la información periodística sobre un conflicto es parte del contexto que influye en el desenlace del proceso y no simple testigo de otra realidad ajena al mundo discursivo periodístico.

Es decir, el dato periodístico no es simple dato para verificar, sino un resultado a investigar en cuanto a sus condiciones de producción. La información periodística empírica es también discurso político y en esa medida algo por lo cual se lucha y, por tanto, producto de la lucha. El dato discursivo sólo tiene significado ubicándolo en un contexto, reconstruyen-

do su contexto y, en esa medida, es un nivel más de la realidad del movimiento obrero. Esto resulta más evidente en el análisis de discurso de dirigentes y funcionarios, los que además de pasar por el filtro interpretativo periodístico, deben ser tomados como dato verificador al mismo tiempo que resultado de la coyuntura a ser reconstruida.

Considerando el dato de discurso como resultado, es posible evitar las simplificaciones interpretativas del estilo cronológico, en cuanto a juzgar el discurso como acertado o erróneo de acuerdo con una visión teleológica de adopción de misiones históricas. Nunca vamos a encontrar direcciones que se orienten sólo por el problema de la verdad, ni las masas serán nunca simple instrumento de aquéllas. Discursos considerados alienantes en términos abstractos pueden cumplir funciones liberadoras, y, a la inversa, en nombre del comunismo se han construido feroces dictaduras.

En México, el estilo cronológico ha sido en general cualitativo, sin contar propiamente con una técnica de recolección o análisis de la información. Se reduce generalmente a la elaboración de cronologías con conectores sintácticos y algunos elementos muy generales del contexto del movimiento analizado, los que aparecen comúnmente como introducción en estos estudios.

Pero algunos historiógrafos cronólogos han creído ganar en rigor convirtiendo el dato periodístico en un dato cuantitativo que les permita hacer series en el tiempo o comparaciones transversales. Normalmente, estas cuantificaciones se reducen al conteo de casos, como número de conflictos, marchas, etcétera, y a la recuperación de datos agregados para cada caso (número de huelgas, por ejemplo) captables directamente de los periódicos. Además, como dichos análisis han tenido la pretensión de mostrar tendencias nacionales, no han podido o querido confirmarse a través de investigación directa, ni mucho menos de plantearse el problema de la representatividad.¹³

El estilo cronológico cuantitativo agrega a los problemas del estilo en general los derivados del cuantitativismo y de la combinación de cronismo periodístico y cuantitativismo.

En primer término, los cronistas cuantitativos en México, tienen de común con los cronistas en general el uso casi exclusivo de información periodística, con la complicación de la representatividad (de otra manera no tendría sentido dicha cuantificación).

Desde el punto de vista de la representatividad, no hay en los cultivadores de este estilo ningún planteamiento acerca de cómo resolverlo. Simplemente se colecta, codifica y cuantifica toda la información periodística sobre movimientos obreros. Al respecto, los estudios más conocidos se limitan a utilizar los llamados periódicos nacionales (editados en el DF

¹³ Véanse, Sergio Ramos y Armando Rendón. "Los conflictos laborales en México: 1977", en *Memorias del Encuentro sobre historia del movimiento obrero*, T. III, UAP, 1980, p. 210, y los números del Boletín COSINA, editado por el SITUAM.

y matutinos de circulación nacional), dejando fuera la multiplicidad de diarios regionales y locales. Las limitaciones en la cobertura del universo saltan a la vista. Un conocido estudio,¹⁴ de aquellos que parecen más rigurosos, hace el conteo para el año de 1977 de 316 casos de conflictos obreros (con una definición tan amplia que comprende desde huelgas hasta disputas intersindicales). Sin embargo, las estadísticas (a disposición de cualquier mortal) de la STYPS muestran el siguiente panorama para 1977:

	<i>Federales</i>	<i>Locales</i>	<i>Totales</i>
Demandas	9 895	—	
Emplazamientos	5 004	—	
Huelgas	368	476	844

FUENTE: STYPS.

Salta a la vista la enorme subvaluación de los conflictos en el estudio mencionado; sólo el número de huelgas estalladas en el año supera en un 150% a los casos analizados por los autores; pero los problemas de falta de representatividad en esta forma de hacer historia no terminan aquí. En el diseño de una muestra, si se hace una adecuada distribución de los casos seleccionados (manteniendo un tamaño mínimo de muestra) es posible tener confiabilidad. ¿Cómo se hace la selección de casos en el estilo mencionado? Evidentemente, no la realiza el investigador, puesto que toma todos los que le proporcionan los periódicos; son los periodistas y periódicos los que seleccionan los casos y esta selección, sin duda, no es al azar, sino sesgada por: la facilidad de disponer de informantes (por ejemplo, para los periódicos nacionales, los conflictos en el DF); la línea editorial del periódico que privilegia unos temas sobre otros (en *La Jornada* aparecen comúnmente más noticias laborales que en otros periódicos); la aparición de otras noticias importantes para el editor que resten espacio a los temas laborales. Es decir, la comparación y el conteo de variables de un año a otro no necesariamente es fiel, y el aumento o disminución está sujeto a demasiadas eventualidades como para considerarlo válido en sí mismo.

Todo esto sin considerar que el dato periodístico no es precisamente el mejor elaborado ni depurado. El apresuramiento, la falta de confrontación con otras fuentes, la deformación en la memoria, la ideología, etcétera, de los informantes (muchas veces el periodista no está presente di-

¹⁴ *Ibid.*

rectamente en los acontecimientos), el juicio subjetivo del periodista, la censura, etcétera, son elementos que dan a esta información confiabilidad baja, que aunada a su falta de representatividad hace del estilo "cronológico cuantitativo" uno de los más inseguros e irrelevantes para pretender dar cuenta de la realidad.

Además, aunque algunos autores insistan en ello, la información periodística sólo permite comparar un número muy limitado de variables. De una nota periodística laboral a otra es común que no se incluya el mismo tipo de datos, lo que obligaría a dejar muchos casilleros en blanco, con lo que se pierde capacidad comparativa.

Al respecto, hemos hecho un ejercicio retomando la forma de análisis del boletín COSINA. Esta publicación que pretende analizar las tendencias del movimiento obrero a partir de los periódicos, contó durante varios meses una serie de variables tales como: tipo de conflicto (obrero-patronal o sindical); rama de actividad; número de trabajadores afectados; distribución geográfica; número de demandas planteadas; número de demandas solucionadas; tipo de demanda; aumento salarial demandado; aumento salarial otorgado; formas de lucha obrera; acciones legales de los trabajadores; y formas de lucha patronal.

En el mes de marzo de 1983 encontramos, utilizando la información de los periódicos nacionales, los siguientes resultados:

<i>Variable del Boletín COSINA</i>	<i>Porcentaje de los casos reportados por los periódicos en los que aparece la información de la variable</i>
Número de trabajadores	56.6%
Población o estado de la República	57.5
Demandas de los trabajadores	64.2
Aumento salarial demandado	47.2
Aumento salarial obtenido	37.7
Forma de lucha obrera	50.9
Forma de lucha patronal	36.8
Tamaño de la empresa (producción, etcétera)	7.5
Rama de la producción	83.9
Conflicto intersindical	10.4
Conflictos resueltos	32.1

FUENTE: Periódicos nacionales.

Tomando en cuenta que los periódicos no construyen ninguna muestra de conflictos sindicales, salta a la vista lo incompleto de la información hemerográfica, de acuerdo con las pretensiones del cronismo cuantitativa. Con excepción de la variable "rama de la producción", deducible a partir del nombre del sindicato más que de la información explícita de los periódicos, el resto de las variables son captables en general en menos del 50% de los casos reportados por los periódicos. Si a lo anterior agregamos que los periódicos no pretenden cubrir todo el universo de los conflictos nos encontramos con un panorama desolador en cuanto a confiabilidad de las conclusiones. De esta manera, sus observaciones sobre alguna de las variables relacionadas con el conflicto (si crecen o disminuyen con el tiempo, o de acuerdo con diversas variables intervinientes en un mismo mes o año), no pueden tomarse en serio dadas las limitaciones de las fuentes utilizadas.

Si profundizamos en el comportamiento de algunas de las variables mencionadas, el panorama es todavía más decepcionante. El periodista generalmente obtiene la variable "número de trabajadores" (que para el ejemplo anterior los periódicos sólo reportaron en el 56.6% de los casos de conflicto), a partir de entrevistas a dirigentes sindicales, los cuales tienden a inflar las cifras de agremiados cuando quieren magnificar los conflictos. Estos informantes casi nunca distinguen entre trabajadores sindicalizados de personal total ocupado, o bien trabajadores de base y eventuales, de tal forma que no siempre las cifras de trabajadores en conflicto son comparables.

En cuanto a las demandas de los trabajadores, a veces son numerosas y variadas, quedando al juicio del reportero decidir cuáles son las más importantes, dejando fuera aspectos que en un análisis más profundo pueden ser fundamentales. Así sucedió a principios de los setenta, cuando se iniciaron las huelgas automotrices relacionadas con la reconversión industrial. Para los periódicos, el problema principal era salarial, cuando buía en el trasfondo la reestructuración de los procesos de trabajo.

Otro tanto podríamos decir de las formas de lucha obreras y patronales. Es común que los periódicos no den cuenta de todas estas formas, y pueden pasar como secundarias expresiones que tal vez significan un cambio en el terreno del enfrentamiento. Por ejemplo, a finales de los setenta, la UOI y Línea Proletaria reconocieron el espacio de los procesos de trabajo como terreno fundamental del enfrentamiento relacionado con la reestructuración industrial. Para los periódicos, las demandas y formas de lucha tanto de obreros como de patrones, seguían siendo las salariales y la huelga, cuando las demandas sobre el trabajo y la lucha departamental habían pasado a primer plano.

Asimismo, datos acerca de la producción industrial, el capital invertido, etcétera, que darían cuenta del tamaño del establecimiento, están generalmente fuera del horizonte de la noticia periodística. En cuanto a los conflictos intersindicales, éstos no siempre aparecen como tales y un

emplazamiento a huelga por motivos económicos esconde toda una gran trama intersindical.

Además de los problemas señalados, es de mención la falta de complementariedad de las noticias entre los diversos periódicos, lo que reafirma nuestra consideración de que estas fuentes no pueden ser consideradas como representativas. Para los enamorados de la cuantificación, daremos un coeficiente de captación del universo por las noticias periodísticas en el ejemplo que estamos utilizando. Del último cuadro podemos obtener que la captación promedio de las variables reportadas por parte de los periódicos es de 44.1% con respecto a los casos de conflicto mencionados por los diarios. Si esta cifra se calcula con respecto al total de conflictos reales, se reduce substancialmente. Además, como la selección de casos por los periódicos no es representativa, la confiabilidad de los cálculos a partir de estas fuentes es sumamente pobre.

Pero aquí no terminan las penurias del cronismo cuantitativo. Su objetivo final de medir, que está sujeto al misticismo de la cuantificación, se basa en la creencia de que necesariamente lo objetivo es lo medible; así, busca con ello reflejar tendencias, sin la menor profundidad acerca de la diferencia entre serie empírica y tendencia profunda. Cae irremisiblemente en el positivismo cuando la tendencia se vuelve extrapolación de datos empíricos; creyendo captar el movimiento, lo congela y tiene implícita la linealidad entre condiciones de vida y salario con el movimiento obrero. Los trabajadores son puros números, con los cuales se pretende captar lealtades que se imponen sobre los hombres de carne y hueso y sus proyectos y voluntades.

El cuantitativista cronólogo, cuando ha logrado reducir a números noticias lo hace a través de un código; ¿cuál es la relación entre código e hipótesis y entre código y dato no cuantitativo? El primer problema ni siquiera aparece en estudios como el mencionado, lo cual lo convierte en un descriptivismo ingenuo que poco dice sobre la realidad. En otros casos, el método hipotético deductivo que está detrás hace perder entre cifras el dolor de cabeza del positivismo por no poder resolver satisfactoriamente la relación entre hipótesis teórica e indicadores. En cuanto al vínculo entre indicador y dato observable, tampoco hay una respuesta satisfactoria, y la decisión de cuándo un dato entra en el casillero de una variable se deja al buen juicio del ayudante de investigación y del estudiante que presta su servicio social. Esto, sin considerar que en la apariencia del discurso periodístico se esconden motivos, causas y formas que a veces son diferentes a como son expresados en la noticia. Por ejemplo, formalmente una huelga puede estallar por causas económicas, pero esconder un trasfondo de lucha democrática "anticharra", que el periodista en su prisa no logra captar y que al investigador le tocará profundizar. Y puede no estar clara la definición de una huelga como económica o política, y el analista tiene que tomar una decisión al respecto.

Al salvar el escollo del código y la decisión de qué cuenta al leer las

noticias, el cronólogo cuantitativo obliga a homogeneizar y contar como iguales eventos que pueden tener pesos diferentes. Por ejemplo, en esta chata perspectiva el conteo de una huelga debe ser exactamente igual que el de otra (una huelga más otra huelga suman dos). Con ello se hace abstracción de lo específico e importante de un evento con respecto al otro (problema que no se resuelve con el cálculo "obreros/huelga", puesto que la importancia de una huelga no necesariamente se da por su tamaño).

Al contar homogeneizando se comienza a operar con la lógica de las matemáticas, olvidándose de lo real y encomendándose a B. Russell. El problema consiste aquí en que deseamos obtener conclusiones válidas para un sistema real a través de operaciones matemáticas. Para que las conclusiones fuesen válidas sería necesario que existiese isomorfismo entre sistema real y matemático, cosa que nadie ha probado.¹⁵

Resumiendo: la forma de análisis del estilo cronológico cuantitativo está sujeta a tantas mediaciones (deformaciones, sería más correcto) que sus conclusiones de tendencia en el tiempo o de mapas transversales carecen de validez y confiabilidad.

Entre estas mediaciones hemos destacado: las que introduce el reportero al construir la noticia; las que provienen del papel de la prensa en las luchas por el poder; las del investigador cronólogo cuantitativo al seleccionar y aplicar su código; las que se derivan de la no representatividad de las noticias periodísticas; las que son causadas por el proceso final de cuantificación en cuanto homogeneización e isomorfismos forzados. Pero el problema principal no se deriva de la existencia de mediaciones entre concepto y dato, sino de la ignorancia y vulgaridad con las que se cree que toda investigación, para ser científica, tiene que ser cuantitativa, que lo contable es lo objetivo y que lo real es tal cual se lee en los periódicos. Este absurdo supuesto no sólo lleva al privilegio de la hemerografía sobre otras fuentes, sino a ignorarlas por completo. Hay análisis del movimiento obrero en México que, recurriendo sólo a los periódicos, son incapaces de saber articular, confrontar los datos hemerográficos con los de los archivos o los de entrevistas a profundidad. El uso de actas de asamblea, registro de sindicatos, contratos colectivos, estatutos, etcétera, no pasa por el horizonte de esta perspectiva de la historia del movimiento obrero. La pobreza teórica, metodológica y técnica forma parte de la misma.

Desgraciadamente, esta forma de hacer historia, aunque en decadencia, sigue reproduciéndose en algunas universidades importantes. Es la forma más fácil, no tiene que enfrentarse a los enigmas de las actas, los documentos, etcétera, no elaborados para servir de crónicas, ni tampoco

¹⁵ Estrictamente el problema del isomorfismo puede ser enunciado así:

1. Los axiomas matemáticos se corresponden con los axiomas de la teoría social.
2. Los términos matemáticos se corresponden con los términos de la teoría social.
3. Las conexiones lógicas son iguales entre matemáticas y teoría social.

a los desprecios de los burócratas depositarios de los archivos. Es la forma castrante de hacer historia sin imaginación, sin labor detectivesca. Para ella, los datos son cristalinos —y en todo caso, el problema puede ser de falta de datos a cuantificar—; los motivos son siempre manifiestos, no cabe interpretar, reconstruir, articular, sino sólo medir, contar y hacer cuadros o gráficas. “Ésa será la verdad, algo más allá es metafísica”, señalaba el empirismo más ranchero.

Sólo la pobreza intelectual de nuestro medio puede haber originado que perspectivas como la que hemos criticado fueran admitidas como investigación científica. La ausencia incluso de suficiente cantidad de investigaciones provoca que cualquier escrito sea digerido y citado.

Pero el panorama está cambiando, la historia obrera no se reduce ahora al cronologismo, ni mucho menos al cronologismo cuantitativo; se discute con propiedad a E. P. Thompson, a la escuela de los *Annales*, a la historia económico-social, etcétera; un rico panorama se abre para la historiografía del movimiento obrero, condición de su desarrollo es que sepa superar y negar perspectivas como el cronologismo cuantitativista.

APÉNDICE

EJEMPLIFICACIÓN DE LAS MEDIACIONES ENTRE REALIDAD Y CONCLUSIONES EN LA PERSPECTIVA CRONOLÓGICA CUANTITATIVISTA

a) *Mediaciones impuestas por el reportero*

Ejemplo: En 1987, para la revista *Proceso*, Hernández Juárez, Secretario General del STRM, se convierte sorpresivamente en un charro, cuando antes se le consideraba un líder valioso.

Para demostrarlo, la revista recurre a información proveniente de la oposición a dicho dirigente; antes utiliza sobre todo la que proporcionaba la dirección del sindicato.

b) *Mediaciones impuestas por la política editorial*

Ejemplo: En el caso mencionado en el punto I, no es difícil pensar que el cambio de juicio acerca de la dirección del STRM está relacionado con un viraje en la política del editor del *Proceso* con respecto a Hernández Juárez, vinculado a la política nacional y a la tensión provocada por aquél al intentar el año pasado forzar la política salarial del gobierno.

c) *Mediaciones impuestas por el código del investigador*

Ejemplo: En el artículo mencionado de S. Ramos y A. Rendón (p. 250) se hace una clasificación del tipo de actividad económica en que

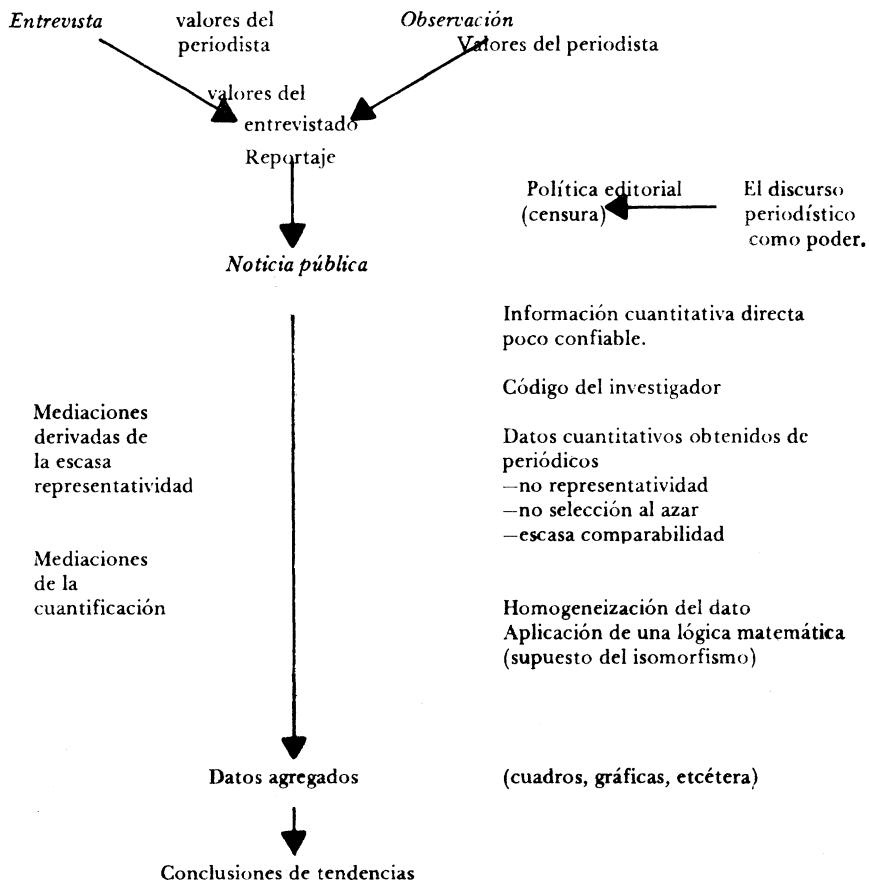


FIG. 1. Serie de mediaciones no tomadas en cuenta por el cronologismo cuantitativo ingenuo y que relativiza su capacidad de obtener conclusiones válidas.

se ubican los conflictos en “productivas”, “no productivas” y “no especificadas”. Como “no productivas” se consideró los transportes, la administración pública, los servicios, las universidades y el comercio.

Salta a la vista la enorme confusión conceptual en las categorías utilizadas como código:

1. Se mezcla la categoría marxista de trabajo no productivo con la no marxista de sector terciario.
2. Se ignora que Marx incluye a los transportes entre otras actividades generadoras de plusvalía.
3. Se ignora que puede haber servicios productivos.
4. Se mezclan categorías: las universidades, en las clasificaciones convencionales, son parte de los servicios educativos.

En el mismo trabajo se clasifica a los enemigos de los trabajadores en empresa privada, “charros” y Estado. Pero, en el momento de definir y asignar un punto a un casillero referido a los “charros”, evidentemente que (sin una discusión teórica a fondo que ni siquiera se intenta en este trabajo) la decisión de si una dirección es “charra” o no se deja al gusto del codificador *V.gr.* ¿Dónde asignar a la UOI o a la dirección del STUNAM, o al SUTIN de Walley? La sola consideración de pertenencia al CT no basta (hasta mencionar el caso del SME).

d) *La falta de representatividad*

Lo hemos mencionado antes en el estudio de S. Ramos y A. Redón: se detecta en los periódicos 316 conflictos y las cifras de la STYPS muestran varios miles. Evidentemente que los periódicos no son censos ni pretenden ser representativos estadísticamente.

Éstos destacan sobre todo las noticias individualizadas. Tampoco puede esperarse un seguimiento estricto de los conflictos. En los periódicos, muchos de ellos “nunca terminan”. Es decir, los periódicos no mantienen, ni tienen por qué mantener como noticias los mismos casos con el tiempo. En esta medida, el análisis cronológico-cuantitativo temporal resulta doblemente falto de representatividad.

Además, resulta importante destacar cómo se genera la noticia periodística. Cuando no es un suceso importante, las fuentes son comúnmente el CT, la CRM o la STYPS. Pero en ninguno de estos casos el periodista tiene tiempo de hacer un análisis pormenorizado de cada caso e incurre en flagrantes inexactitudes y contradicciones.

e) *Mediaciones por la homogeneización y cuantificación*

Ejemplo: En el boletín COSINA de junio de 1983 se reporta 24 huelgas de hecho, entre ellas la del SUTIN. Al homogeneizar la huelga del SUTIN, ésta cuenta 1, al igual que las otras huelgas. La suposición de isomorfismo hace que 24 veces 1 sea 24. Lo cual es impecable lógica de los números naturales. Pero en la realidad una huelga importante como la del SUTIN

puede contar más que las otras 24 o bien las 24 huelgas de hecho más que las 140 legales reportadas en este mes. Ante esto, nada puede la cuantificación, incluso si se trata de ponderar los sumandos, porque estas ponderaciones no dejarán de ser arbitrarias.

III. EL ESTILO CUANTITATIVO EN EL ESTUDIO DE LA CLASE OBRERA

El estilo cuantitativo, en sentido estricto, es más sofisticado que el cronologismo cuantitativo y sus fuentes de datos no son los periódicos, sino las estadísticas. En su aspecto fundamental, los cuestionarios cerrados.

En la literatura funcionalista, el estilo cuantitativo tiene extensos antecedentes. El balance que el *Industrial Conflict* de Kornahuser hacía en 1954 mostraba su importancia en el mundo desarrollado. Por ejemplo, en este *reading* se veía cómo la propensión a la huelga y el conflicto obrero patronal habían sido analizados en función del ciclo económico, de la evolución del salario, del nivel del empleo, etcétera.

En América Latina, esta perspectiva también ha generado investigaciones en el análisis del movimiento huelguístico y en estudios de procesos de trabajo, usando datos estadísticos o construyendo índices cuantitativos a partir de encuestas con cuestionarios cerrados para medir actitudes y opiniones y relacionar éstas con comportamientos político sindicales.

Por ejemplo, en un conocido trabajo¹⁶ que utiliza estadísticas se busca explorar las hipótesis, primero de la correlación entre pérdida del poder adquisitivo del salario y acción sindical, en confrontación con aquella que haría depender la actividad sindical de la posición del gobierno, en particular del Ejecutivo Federal con respecto al sindicalismo. La primera hipótesis es ampliada en el sentido de la correlación entre acción sindical y ciclo económico. Como indicadores de actividad sindical se utiliza: número de demandas, de emplazamientos a huelga y de huelgas, que en términos más finos se convierte en volumen del conflicto (días-hombre perdidos en huelgas/1000 trabajadores); extensión del conflicto (número de trabajadores/huelga \times 1000); intensidad del conflicto (horas-hombre perdidas/trabajador en huelga). El ciclo, por su parte se mide como crecimiento del PIB.

Estudios como el señalado, que tienen sin duda un nivel de rigurosidad, sistematicidad y seriedad mayores a lo que hemos llamado el cronologismo cuantitativo, implican una serie de supuestos como los siguientes: primero, la clase obrera es un objeto estructural caracterizada por la medición de ciertas variables; la acción obrera puede ponerse en función de estas variables estructurales o de otras semejantes. Incluso, cuando en esta perspectiva se analiza el problema de la subjetividad, normalmente se le reduce (a la manera funcionalista) a una serie de opiniones o acti-

¹⁶ Ilán Bizberg, "Política laboral y acción sindical en México". en *Foro Internacional*, núm. 98.

tudes estandarizables a través de preguntas cerradas de cuestionario. Con esto la subjetividad, sus niveles, incoherencias y fluidez se convierten en otra serie de variables estructurales.

Desde el punto de vista metodológico, esta perspectiva está profundamente influida por lo que en los centros académicos del mundo anglosajón se tiene por la única lógica de la investigación científica: la del positivismo, llevada al extremo de identificar científicidad con cuantificación. Para desgracia de este estilo, la lógica estricta de verificación que sigue ignora la crisis de la lógica positivista y los problemas internos insalvables a que ésta se ha enfrentado: primero, las objeciones de Popper a la verificación; segundo, la incertidumbre en la definición de indicadores; tercero, la correlación o la regresión múltiples que aquí encuentran aplicación no permiten asegurar la eliminación en última instancia de correlaciones y regresiones espúreas y el proceso de determinación de causas que parece riguroso y seguro no lo es en absoluto; y cuarto, el problema de la incertidumbre del dato cuantitativo y su generación, que trataremos posteriormente en extenso.

Los estudios que utilizan estadísticas, desde el punto de vista de la técnica de recolección de datos, pueden reducirse a aquellos que emplean cuestionarios. El uso de cuestionarios para captar datos de sujetos se enfrenta a una serie de problemas que podemos resumir de la siguiente manera:

La idea positivista extrema de que el dato es un hecho dado que con una serie de controles puede ser purificado y mostrarse como tal a la observación. Este primer problema se enfrenta a la contrapropuesta de que el dato está siempre mediado. Mediado desde la teoría, que pide una forma particular de recorte empírica de la realidad (por ejemplo, la teoría exige cierto tipo de preguntas de un cuestionario y no otras). Pero esta exigencia se enfrenta a la imposibilidad de una traducción puramente deductiva de hipótesis a lenguaje observacional. No existe ninguna teoría segura de traducción de lenguajes, y en esta medida las preguntas de un cuestionario nunca asegurarán su validez. Estas traducciones están plagadas inevitablemente de intuiciones, valores, preferencias y prejuicios.

Viendo la respuesta a las preguntas del cuestionario por el lado del sujeto que se interroga, la formulación de la pregunta implica el supuesto de que la semantización que el investigado hace de la pregunta es la misma que la del investigador. Pero esto es mucho suponer, porque sobre esta semantización influyen las diferencias en lenguaje común entre investigado e investigador; las formas diversas de racionalización; la biografía del sujeto; el contexto cultural nacional y regional del mismo.

Un problema adicional acerca del dato de cuestionario es la relación entre la respuesta individual y el mundo social que se trata de investigar. Casi siempre en estas investigaciones existe el supuesto de que lo social es igual a la suma, o al promedio, de las respuestas individuales, lo cual no necesariamente tiene que ser compartido. Además, cuando se distingue

entre respuestas manifiestas y latentes de los sujetos, o bien entre esfera de lo consciente y del inconsciente, la validez del dato de respuesta al cuestionario puede ser relativizada todavía más. En síntesis, la ausencia de una teoría efectiva de la relación sujeto-objeto, en el sentido que la entiende el positivismo, vuelve al dato de cuestionario de una enorme relatividad. Con la apariencia de objetividad se impone un marco interpretativo a los sujetos; su afán de estandarización lleva a la esquematización y empobrecimiento del significado subjetivo del mundo social en las respuestas.

Pero los problemas del estilo cuantitativo no terminan aquí; si su técnica por excelencia es el cuestionario estandarizado, las respuestas de los sujetos tienen que convertirse en cantidades que se correlacionarán posteriormente como parte substancial de este estilo.

Relacionada con la cuantificación está la medición, definida comúnmente como la asignación de números para representar propiedades u objetos; la medición cuantitativa permite situar en una escala ordinal o de intervalo-razón la propiedad medida. Sin duda que en el presente siglo se ha afianzado una verdadera mística de la cuantificación, que identifica exactitud con objetividad, todo esto impulsado por la conversión de la ciencia natural y social en tecnologías.

Pero la lógica de la cuantificación tiene una serie de supuestos que necesariamente se cumplen o conviene obligar a que se cumplan en toda investigación social. En primer lugar, cuantificar es abstraer todo lo específico de un objeto o de una relación y homogeneizarlo con otros objetos y relaciones. Al contar huelgas o respuestas positivas a una misma pregunta de un cuestionario se elimina todo lo cualitativo y específico de estos eventos y se les iguala a otros que pudieran tener un significado diverso. Las filosofías de las matemáticas reconocen que el problema de la homogeneización no les concierne; ellas pueden proporcionar reglas de conteo siempre que haya homogeneidad: la existencia de homogeneidad es un problema de verificación. Sin embargo, el supuesto de homogeneidad no puede ser invertido, porque no es posible diferenciar si una verificación cuantitativa lo que verifica es la homogeneidad o bien la hipótesis substantiva cuantificada. Ante estos problemas, por supuesto, no hay respuestas científicas y la homogeneización parece depender, desde el punto de vista positivista, del lenguaje utilizado y sus definiciones.

Una vez tomada la decisión de la homogeneización comienza propiamente el conteo; el conteo utiliza la lógica de las matemáticas. Por ejemplo, una huelga más otra huelga igual a dos huelgas. Cuando se está operando con una lógica matemática (en el ejemplo anterior, la de los números naturales, que dice que uno más uno son dos), para obtener conclusiones válidas sobre relaciones reales sería necesario que existiera isomorfismo entre sistema real y sistema matemático (o si se quiere entre teoría del sistema real y sistema matemático). Para que exista isomorfismo tendrían que cumplirse las siguientes condiciones:

a) Que los axiomas de las matemáticas correspondieran uno a uno con los axiomas de las teorías sociales (situación que por supuesto nadie ha probado, empezando porque no hay ningún acuerdo acerca de cuáles serían esos axiomas para las teorías sociales).

b) Que los términos matemáticos se correspondieran uno a uno con los términos de las teorías sociales (situación semejante a la anterior) y

c) que las conexiones lógicas entre los dos sistemas fueran iguales (situación semejante a las dos anteriores).

Dejar la decisión de isomorfismo a la verificación tampoco es una respuesta satisfactoria puesto que todas las verificaciones son substantivas y no podríamos diferenciar si lo que se verifica es la hipótesis substantiva o el isomorfismo supuesto en la verificación a través de la cuantificación de sus indicadores.

Si la cuantificación se ha mostrado tan fructífera en la ciencia natural es porque, siendo ésta eminentemente experimental, el experimento fija sus propias condiciones de verdad y muchas veces no hay la pretensión de simular fenómenos naturales espontáneos. Además, la exigencia de convertir a la ciencia natural en tecnología evita tener que reproducir necesariamente en el laboratorio condiciones de espontaneidad de los procesos puesto que luego en la industria se reproducirían las condiciones (naturales o artificiales) del laboratorio. La ciencia natural es cada vez menos la ciencia de lo espontáneo y cada vez más la de los procesos artificiales. Además, el isomorfismo es obligado en estas investigaciones a través del experimento: la teoría toma de antemano la forma matemática.

En síntesis, la investigación cuantitativa sobre la clase obrera que caracteriza a la mayor parte de los estudios sociodemográficos y una parte de los de proceso de trabajo en México, con una aparente rigurosidad esconde una concepción puramente estructural de la clase obrera. Sus técnicas y sus cuantificaciones hacen eco del fetichismo de la cuantificación y asimilan acríticamente la idea positivista de considerar al dato como dado.

IV. EL ESTILO ANTROPOLÓGICO

Antes de analizar este último estilo, es necesario aclarar que la antropología no tiene un estilo en sí misma, sino que éste depende de la postura teórico-metodológica de los antropólogos; sin embargo, en México se ha vuelto común el rechazo antropológico de la cuantificación o de la investigación en fuentes tan pobres como los periódicos, prefiriéndose la vivencia de los investigadores con los sujetos investigados, la impresión total y fluida con éstos. Este estilo da origen a minuciosas y a veces brillantes descripciones e interpretaciones, sobre todo dentro de la perspectiva de los procesos de trabajo, y en menor medida del movimiento obrero.

El estilo "antropológico" en México, aunque ha olvidado sus oríge-

nes, forma parte de la tradición de la hermenéutica, de aquella que se inicia en términos modernos con el historicismo y recibe el aporte del psicoanálisis, de la etnometodología y del interaccionismo simbólico. Tal vez un punto en común a todas estas teorías es la no disociación positivista entre el sujeto y el objeto, el no rendir culto al dato empírico como dado, sino como un hecho impregnado inevitablemente de subjetividad —aun en las operaciones perceptuales más elementales— así como el privilegio de la “comprensión” sobre toda pretensión de basarse directamente en la experiencia.

En antropología, escuelas como la de “Cultura y Personalidad” se ubican dentro de esta perspectiva. Influenciada por la teoría de la *Gestalt* y el psicoanálisis generó los conceptos de personalidad y patrón cultural, entendidos como valores culturales actuados inconscientemente. La discusión llevada al nivel de las técnicas conduce a la crítica del positivismo y de aquellas técnicas que de una manera o de otra presuponen que la realidad es lo inmediatamente percibido y que el dato es algo dado. Así, para Linton la cultura, el individuo y la sociedad en general no son susceptibles de tratarse con el método experimental, porque cultura y personalidad no pueden ser observadas, sino comprendidas interpretando sus signos externos. Todo esto llevó al rechazo del uso del cuestionario y al énfasis en lo vivido y la impresión total del investigador.

A México esta tradición en forma de fenomenología llegó con Redfield y posteriormente con Lewis. Todas estas orientaciones se han reflejado en los estudios sobre procesos de trabajo y en ocasiones de movimientos obreros que conforman el estilo “antropológico”. Ciertamente que la pureza es difícil encontrarla en este estilo como en los otros, pero el énfasis se pone en la vivencia del investigador —participar como obrero en un proceso de trabajo—, y en la captación subjetiva por asociación libre, como la que practica el psicoanálisis.

Tal vez sean la observación y la historia de vida las técnicas más socorridas por este estilo. En cuanto a la historia de vida, que consistiría en el registro del relato de la vida del sujeto, se trata de recuperar sobre todo, en el estilo antropológico, el significado subjetivo que para el relatante tiene su propia vida. La historia de vida se enfrenta entre otros a problemas como los siguientes: las relaciones entre proceso biográfico y proceso social (una posición extrema del estilo antropológico de origen en México es *La antropología de la pobreza* y la fenomenología igualaría realidad a significado subjetivo de los actores; en esta medida, el problema de la relación individuo-sociedad pierde vigencia y es visto como un problema positivista de quien cree que existen entidades transubjetivas). El otro problema de las historias de vida y en general del estilo antropológico es el de las relaciones entre significado subjetivo consciente (o bien, en otra perspectiva, motivos y significados manifiestos) con respecto a los inconscientes (o desde otro punto de vista, contenidos y significados latentes). En general las orientaciones hermenéuticas recono-

cen la distinción entre lo inmediato y lo interno, o bien entre lo manifiesto y lo latente, o lo consciente y lo inconsciente, lo que lleva a dos preguntas: primera ¿cómo es la realidad? ¿Como la percibe el sujeto o como es? En la primera respuesta, la única realidad que se concibe es la subjetiva y no tiene sentido el preguntarse cómo es esa realidad independientemente del sujeto. Pero cuando se reconoce una distancia entre lo interno y lo externo, surge el problema de la interpretación a partir de lo observable de ese mundo interno, motivos internos, significados internos o bien del inconsciente. La solución clásica es la comprensión. Interpretación que pone en juego inevitablemente valores, marcos teóricos, prejuicios, etcétera, del que interpreta, es decir, interpretación plagada también de subjetividad.

El segundo problema es el de la representatividad, tomando en cuenta que las historias de vida, orales, entrevistas a profundidad o psicoanalíticas buscan rescatar la especificidad del sujeto y no son susceptibles de estandarización —salvo en un uso de la historia de vida que se asemeja al cuestionario, como en Balam, y que no tiene que ver con el estilo que estamos discutiendo.

El estilo antropológico más puro —fuera del cual dejamos sin duda las brillantes elaboraciones de Sario y Novelo— se acerca al fenomenalismo más elemental: creencia en que se puede investigar sin teoría; descriptivismo, identificación entre realidad y opiniones de los sujetos acerca de sí mismos. Con ello, toda la riqueza y acercamiento posibles entre marxismo y hermenéutica desaparece. La posibilidad de trascender el prejuicio empirista de que la ciencia trabaja directamente con lo real, de que la realidad es captable inmediatamente, de que el entrevistado es sólo fuente de datos, que con técnicas depuradoras del dato se llega al núcleo de lo real, se queda a medio camino ante el predominio de Oscar Lewis con lenguaje marxista en esta perspectiva.

Sólo si el estilo antropológico fuera capaz de profundizar en sus orígenes metodológicos y epistemológicos, en confrontación con el positivismo y en diálogo con el marxismo, su perspectiva y sus técnicas privilegiadas podrían convertirse no en un simple proceso de recolección de datos y de descripción, sino de diálogo entre el “sentir” y el “teorizar” con miras a la acción; acción que deje de lado el iluminismo de las teorías modernas o modernizantes y se convierta en parte de ella con la coinvestigación. Coinvestigación donde el significado subjetivo será importante, pero sin que necesariamente la realidad y el espacio de posibilidades para la acción queden reducidos a esta subjetividad.

V. CONCLUSIONES Y ALTERNATIVAS

Presentaremos nuestras conclusiones y alternativas como una serie de tesis que se desprenden de la exposición anterior y otras que han recibido una fundamentación más estricta en otros momentos.

1. Las tres grandes perspectivas de investigación sobre la clase obrera en México, la historiográfica, la sociodemográfica y la de los procesos de trabajo se sintetizan en tres estilos que cruzan estas perspectivas: el cronológico, el cuantitativo y el antropológico.

2. Cada uno de estos estilos, como formas concretas de investigar, tiene presupuestos sobre la realidad obrera y sobre el método y la técnica que comúnmente permanecen implícitos e incluso olvidados, reproduciéndose como formas concretas de hacer conocimiento sobre los trabajadores, aprendidas en estado práctico.

3. La falta de diálogo entre teorías sociales-metodológicas-técnicas con la investigación concreta sobre la clase obrera ha conducido a problemas como los siguientes:

a) A reproducir supuestos que explícitamente los investigadores no estarían dispuestos hoy a sustentar.

b) A reducir los espacios de investigación a sólo aquellos que caben dentro de la óptica de los estilos y dejar fuera niveles de la realidad obrera que puedan ser importantes.

c) El problema fundamental de la constitución de los sujetos obreros ha recibido en estas perspectivas un tratamiento insuficiente. En la crónica ha quedado subsumido en la relación entre Estado y sindicatos, en unos casos haciéndolo depender de los virajes en la posición del Estado con respecto a los sindicatos y en otros subsumiéndolo en una teoría de los obstáculos para la constitución del proletariado como clase para sí. En el cuantitativo al tratarlo como simple objeto estructurado, su acción queda determinada por la situación. En el antropológico, el énfasis sobre la captación subjetiva de la situación por los propios sujetos olvida los niveles de la realidad que no dependen inmediatamente de su voluntad.

d) Metodológicamente, los estilos se mueven de un positivismo ingenuo a una fenomenología no menos pueril.

e) Los tres estilos no necesariamente son complementarios en el estado en que se encuentran, porque parten de concepciones de la realidad y del conocimiento diferentes.

f) El marxismo, que se encuentra explícitamente presente en todos ellos, al menos en el plano declarativo o por el uso de algunos conceptos teóricos, no encuentra coherencia entre investigación concreta y supuesto marxista de realidad.

Las confusiones marxistas no son gratuitas; obedecen a algo que está en la propia historia del marxismo: su incapacidad para erigirse en alternativa con potencia competitiva ante el positivismo y la fenomenología. Pero, además, influye la gran ignorancia de la mayoría de los investigadores sobre la clase obrera en México de las polémicas teóricas y metodológicas más profundas en el presente siglo.

El salto adelante en los estudios sobre la clase obrera en México tendrían por tanto una serie de presupuestos como los siguientes:

a) Para el estilo cronológico, que ha caído en una gran circularidad,

la eliminación explícita de la metafísica del papel histórico de la clase obrera y su capacidad de presentar el problema como constitución de sujetos obreros no necesariamente homogéneos, no reducidos al nivel más abstracto de la explotación. Necesidad, a la vez, de reconocer que entre el concepto de clase social y el de movimiento obrero concreto son necesarios conceptos de mediación inexplorados en nuestro país, que apuntan a hacer distinciones en la clase obrera y no a presentarla de antemano como un bloque monolítico.

b) Para el estilo cuantitativo, la recuperación de toda la discusión entre estructuralismo y hermenéutica, y el reconocimiento de la reedición de estilos que en otros contextos han sido muy criticados y cuyas limitaciones se ha mostrado, no significa un paso adelante en la investigación social en México. También habría que considerar la crítica a la mística de la cuantificación inherente a este estilo y que hoy aparece como novedad en nuestro país, pero a nivel internacional es anticuada.

c) En el antropológico, la necesidad de profundizar sobre los problemas y propuestas de las diversas corrientes de la hermenéutica que para nada se reducen al simplismo de O. Lewis, confrontándose explícitamente con el marxismo y abordando con profundidad el problema de sus técnicas.

d) Para los que se reconocen en el marxismo, sean de un estilo o de otro, la necesidad de volver cerca de la concepción marxista sobre la clase obrera como algo dado-dándose, como sujeto-objeto con todas sus implicaciones en el plano del método, de la técnica y de las relaciones investigador-clase obrera.

En el plano del método, la necesidad de recuperar como alternativa al método hipotético deductivo y al fenomenológico, la idea marxista de método de reconstrucción de la teoría en el pensamiento¹⁷ y los avances de la descripción articulada.¹⁸ Realidad en movimiento y sujeto-objeto deberían conducir a la noción de coinvestigación, rechazo del iluminismo de la ciencia, reconocimiento de la fragmentación de la clase obrera en sujetos diversos y alternativos, noción de reestructuración productiva junto a la de recomposición de la clase, pesimismo de la situación frente al optimismo de la voluntad.

¹⁷ Véase Enrique de la Garza, *El método del concreto-abstracto-concreto*, UAM-I, 1983.

¹⁸ H. Zemelman, *op. cit.*